

Después de la tormenta El narrador más discutido y polémico de Francia vuelve a la carga con una nueva novela que refrenda su calidad literaria

Houellebecq frente a sí mismo

Michel Houellebecq
El mapa y el territorio / El mapa i el territori
Traducción al castellano de Jaime Zulaika y al catalán de Oriol Sánchez i Vaqué

ANAGRAMA /
EMPÚRIES
384 /352 PÁGINAS
21,90 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

¿Por dónde empezar? Es lo que plantea, a la hora del balance, una poderosa novela de clara ambición global, cosmogónica, o como se le prefiera llamar, de un autor (deici-da) que suplanta Dios no para hacer suyo el reto de construir un mundo sino para diseccionar el que tenemos en su progresivo declive, con el propósito (visionario) de vaticinar que se encamina hacia el triunfo (absoluto) pero no apocalíptico –como lo es *La carretera* de Cormac McCarthy– de lo vegetal sobre lo humano. El autor es Michel Houellebecq (Isla de la Reunión, Francia, 1958), y la obra *El mapa y el territorio* (*La carte et le territoire*), su última novela con la que obtuvo el premio Goncourt del 2010.

En contra de lo que cabría suponer de una obra de tal magnitud que parece no imponerse límite ni restricción alguna, no hay pasajes crípticos en el texto. Por decirlo de alguna manera, se lee con la fluidez y la expectación de una novela apasionada cuyo ritmo, pese a su densidad conceptual, no desfallece en ningún instante. El mérito debe atribuirse a la construcción del formidable artefacto literario, que nunca rechina, y a la alta calidad de la prosa que mantiene el pulso de la primera a la última línea. Ahora bien, *El mapa y el territorio* es una de esas novelas de gran calado que no siendo polifónicas pero sí poliédricas, en la que conviven géneros diversos y sus tentáculos, rechazan que uno, tras la experiencia de leerla, la condense para otro futuro lector. Es como si exigiera imperativamente –insolentemente– ser leída, sin admitir más opciones.

Insisto en tener en cuenta que aquí Houellebecq se inviste con la omnipotencia de Dios y opera como tal. Al comienzo el foco narrativo se centra en Jed Martin, hilo conductor de la historia, un artista solitario y arisco que observa con mirada de etnólogo la sociedad de su tiempo y alcanza la fama mundial fotografiando los mapas de ca-

rrera Michelin, luego una serie de oficios sencillos, y más tarde pinta retratos de personalidades de diferentes sectores en su ejercicio profesional. Para el catálogo de la exposición de estos últimos pide un texto al famoso escritor Michel Houellebecq que vive autoexiliado en Irlanda. Es entonces (pág. 140) que Houellebecq entra en escena y ocupa el primer plano. Es decir, el Houellebecq narrador en tercera persona de la novela no vacila en situarse frente al Houellebecq personaje de ficción y a la vez real, puesto que no sólo nos ofrece su autorretrato poco autocomplaciente sino su visión amarga de la vida y del mundo que habita como a regañadientes.

Autoanálisis

A estas alturas la novela ha abordado desde puntos de vista críticos las relaciones de familia, el amor, las perversidades del capitalismo salvaje, su influencia en el arte contemporáneo y hasta qué punto coarta la libertad del artista. Han intervenido ya otras personas con nombres y apellidos –así el novelista Frédéric Beigbeder, autor de *13,99 euros* y *Una novela francesa*. o la editora Teresa Cremisi de Flammarion– pero la irrupción de Houellebecq es abrumadoramente espectacular y capital.

Pero de repente, en la Tercera Parte (pág. 239), la novela (¿de tesis? ¿Metafísica? ¿Paródica? ¿Nihilista? ¿Costumbrista?) da un giro brutal y enfila otro rumbo: se produce el horrible asesinato (descuar-

El Houellebecq narrador no vacila en situarse frente al Houellebecq personaje de ficción y a la vez real

tizamiento) de una celebridad, interviene el inspector Jasselin y su equipo de investigadores, y, de manera brusca, nos encontramos inmersos en un relato criminal que sostiene la intriga porque respeta



escrupulosamente los códigos del género. Les adelanto que la intervención de Jed Martin y el más puro azar, a lo Auster, contribuyen a esclarecer el enigma. Pero hay que aguardar al Epílogo para advertir que el relato entero trasciende su supuesto contexto temporal. Han transcurrido los meses; los años; el Tiempo. Estamos en el futuro, por lo menos en la segunda mitad del siglo XXI. Houellebecq y Beigbeder han muerto. La vieja Francia rural, ensimismada y agreste con los extraños, es solo un destino turístico. Jed Martin se ha atrincherado en la antigua casa de sus abuelos en la Creuse que convierte en una fortaleza. Allí dedica los últimos años de vida a experimentar con imágenes reales, manipulando-

PATROCINADO POR



El escritor fotografiado en 1998

SOPHIE BASSOULS / CORBIS



las con aparatos y procedimientos de tecnología avanzada. Simplemente quiere “dejar constancia del mundo”.

Se despidió de “este modo de una existencia por la que nunca había sentido un gran apego”. El legado visual que deja para explicar el fin de la era industrial, la aniquilación de “toda industria humana”, es de carácter trágico por cuanto preconiza llanamente la extinción de la humanidad bajo un mar “de hierbas agitadas por el viento”. Al lector solo le queda el placer piadoso del vértigo y el escalofrío por la condena de los mortales como él.

Debe quedar claro que esto es tan solo un intento de acercamiento reduccionista a la esencialidad de *El mapa y el territorio*. **Imposi-**

ble de transmitir la ironía, el sarcasmo, el tono corrosivo, pero también el fondo sensible, la nostalgia, la tristeza, la impotencia, la sabiduría y la agudeza que exuda el texto por todos sus poros. Creo que estamos ante un libro serio, honesto, valiente, que por fuerza consagra a quien lo ha escrito cualquiera que sea la fama que arrastre. Para mí resulta fascinante la forma con que dentro del espacio de libertad absoluta de la ficción, Houellebecq, el huraño “con fuertes tendencias misantrópicas y que apenas le dirigía la palabra a su perro”, se las arregla para confrontarse consigo mismo sin caer en la trampa de justificarse. Igual que lo hizo J.M. Coetzee en *Verano*. Con idéntica ejemplaridad. |